

La vecina orilla

Mario Benedetti

1.

No sé por qué pero cuando los viejos fueron a despedirme a Carrasco, y sobre todo cuando iba camino del avión y miré hacia arriba y los vi juntos, y a la vez separados, levantando las manos para saludarme, la vieja arrimando los nudillos a los lentes por que seguramente habría aparecido algún lagrimón, y yo mismo carajo, refregándome un ojo con la mano que me quedaba libre, bueno cuando los vi allí, como la pareja inexplicable que siempre fueron, quizás mas unidos por mí, me vino de alguna parte un lejanísimo recuerdo, tan lejano que al principio creí que no era mío, pero si era, porque después, en el avión, ósea ahora, sentado en la fila nueve [donde esta la puerta de emergencia y hay más sitio para acomodar estas largas piernas que Dios me ha dado] me pongo a completar el recuercito, y lo voy apuntando con detalles, hasta que casi lo reconstruyo del todo, y decido empezar precisamente con él esta libreta de apuntes, que acaso nadie lea, o quizá sí. Y es de este modo: la familia estaba almorzando, es decir los mayores: mi viejo y mi vieja [que entonces era menos viejo] el abuelo y el tío, y quizá alguien más, y yo, que tenía cuatro o cinco años, andaba en el triciclo recién estrenado, y me iba al jardín y entraba otra vez haciendo un ruido con la boca que creía igualito al del Ómnibus interdepartamental, y el viejo me hacia señas para que no armara tanto bochinche y yo no le hacía caso. Y de pronto vino y en medio de uno de mis mejores bocinazos me agarró de la oreja y vi hasta la constelación de Orión, aunque en ese entonces desconocía su nombre. Por aquellos tiempos no era vengativo. Tampoco ahora lo soy, pero vaya a saber por qué mecanismo emocional, o simplemente deportivo, dejé con toda frialdad el triciclo frente a la puerta arrime una silla, me senté junto a mi tío, y le zampé al viejo este inesperado testimonio "Anoche miré bajo la mesa, y vos y Clarita tenían las piernas juntas" Mamá abrió unos ojos de este tamaño, no me lo olvido; el viejo apretó los labios y me miró con una terrible resignación. Casi como un anticristo que ordenara: "Impedid que los niños vengan a mí" o quizá sencillamente: "Botija podrido" lo cierto es que a partir de ese momento el viejo y la vieja pasaron como tres meses sin hablarse. Y mamá me sugería en voz alta "decíle a tu padre que te dé dinero para la leche." Y el viejo también tenía su iniciativa: "Decíle a tu madre que hoy no vendré a cenar." Por supuesto, Clarita no se apareció más por nuestro hogar dulce hogar y hoy me atrevo a creer que al viejo le gustaba mucho aquella gurisa [como diez anos menor que él y como cinco menor que mi mamá] delgada, rubia, de ojos verdolaga, con cara de sueño, no de pesadilla, y que tenía un modo tranquilo de mirar, y manos delgadas y suaves, con unas venitas azules, casi imperceptibles que todo el mundo percibía, incluso un estúpido de cinco [o serían seis?] años como el suscrito. Por que en verdad se necesita ser estúpido para haberle arruinado la vida al pobre viejo con ese comentario jodido. Sobre todo por qué creo que a Clarita también le gustaba el viejo. Simplemente habrá tenido miedo de la presencia acalambrante de mamá, que desde el pique le tomo cierta inquina. Yo no diría que eran celos de esposa desconfiada. Mas bien se trataba de un odio hecho y derecho, cultivado lentamente y palmo a palmo.

Cuando la azafata se acerca a ofrecerme la coca cola de rigor, estoy en pleno mea culpa. Nadie me quita el marote que con esa maldita intervención, lo siniestro para siempre al viejo. Porque ya entonces se llevaba muy mal con la vieja. Casi diría que no se llevaban. Nunca he visto dos tipos tan distintos y tan desechos el uno para el otro. el viejo siempre fue un sujeto sensible, cálido, demasiado tímido, para mi gusto, todo lo culto que puede ser un casi ingeniero [que no es lo mismo, pero siempre un poquito más que un ingeniero] Siempre a sido un buen lector, le gusta la pintura y la música, y por suerte no cree, como alguno de sus casi colegas, que la vida es un logaritmo. Mamá en cambio es bastante terca [para plantearlo sin subjetivismo, cosa vedada a un hijo amantísimo, habría que decir que es terca como una mula] reseca en

sus sentimientos [solo se conmueve con sus penurias, nunca con las ajenas], orgullosa de su enciclopédica ignorancia, refracta a la lectura y a las artes en general, hábil en tareas manuales, de buen fondo [aunque para encontrarlo haya que hacer tremenda prospección], más propensa al reproche que a la tolerancia, en fin: un hueso duro de roer. Creo que hubo dos cosas que impidieron dos cosas para la verdadera liberación [también llamada segunda independencia] del viejo: a) mi investigación en la submesa que hizo fracasar desde el inicio una relación que prometía, y b) el incurable catolicismo de mi progenitor, que le nublabla siempre la posibilidad de un divorcio que después de todo habría sido su salvación y su rescate,. Si me atengo a mis vagos recuerdos Clarita era alegre, tan simpática que hasta me había conquistado a mí. Mas de una vez he pensado, ahora que ya tengo mis diecisiete años [por otra parte, dignamente cumplidos en una celda] que me gustaría encontrar, no ha Clarita, claro, ya que hoy debe ser, si todavía vive, una vieja de treinta y ocho años, pero si a una mujercita que fuese hoy como era Clarita cuando arrimaba, bajo la mesa, sus lindas piernas a los pantalones del viejo.

2.

Lo que paso en estos últimos meses debe haber sido una de las pocas cosas que han unido a mis padres, Sintetizando: estuve en cana. Por eso estaban tan emocionados en el aeropuerto, ahora que por fin consiguieron mandarme a Buenos Aires. Comprendo que para ellos es una tranquilidad. Para mí también. No quiero ver otra celda ni en película. De ahora en adelante, las películas se dividen para mí en dos categorías: las que tienen cárceles y las que no. Solo pienso ver las de la segunda categoría. Con solo 34 días, quede podrido de cárceles. Agote el tema como quien dice, eso sí para que ustedes [¿quiénes son ustedes?] no se hagan ilusiones pensando que soy un joven revolucionario, o un rebelde con causa, o cualquiera de esas categorías insignes, quiero aclarar también que no caí por razones políticas sino por boludo. Para mí es doloroso confesarlo, pero esa es la ingrata verdad: caí por boludo. Nunca me metí en política, lo confieso. En mi clase habían algunos que no se metían en política por que les gustaba estudiar, y la política quita tiempo, eso es cierto. Pero a mí no me gusta estudiar. De mí se puede decir cualquier cosa, menos que soy un traga. Ósea que en mi clase era el único ejemplar de una especie a punto de extinguirse: la de aquellos que no aman ni el estudio ni la política. Aclaro que tampoco era un caso perdido: siempre pasé de año, ósea que estudié lo estrictamente necesario. Mas bien diría que con atender al profe cuando se mandaba la lata, ya me alcanzaba. Tengo la apreciable virtud de que los datos, las fechas, las formulas y los nombres se me fijan indeleblemente en el mate. Tampoco vayan a pensar que en política soy totalmente indiferente. Si estoy contra las matemáticas ¿cómo no voy a estar contra el fascismo? A mí no me gusta que nadie me empuje, y mucho menos que me empujen con una metrallera. Eso está claro. Lo que no me gusta de la militancia política son las interminables discusiones, las votaciones a la madrugada, y sobre todo la autocrítica, que me trae recuerdos de mis aguadas Épocas del confesionario, otra cosa que tampoco me gustaba. Y no porque haya tenido o tenga nada que esconder. Nada importante, quiero decir. Uno siempre tiene algo que esconder. Pero nunca tuve una culpa gorda para el confesionario o la autocrítica. Tal vez por eso no me gusta. Quizás les tenga un poco de envidia a esos tipos que disfrutaban relatando sus pecados mortales al cura atónito, o vociferando sus resabios pequeño burgueses en una asamblea estudiantil. Sin embargo, no caí [repito] por las buenas razones sino por boludo. Resulta que el 22 se conmemoraba un año de la muerte de Merceditas Pombo, quizás hayan visto el nombre en los diarios [no en los de Monte sino en los de Baires], una piba de primera que se les murió en la maquina, dicen que le aplicaron el submarino seco, y como ella era asmática ¿no? Bueno la iniciativa empezó a crecer de a poco [la idea original fue de Eduardo] y al final el programa se redondeo: el Jueves teníamos todos que venir con una rosa roja y dejarla en la mesa del [o de la] profe. La operación se hizo en un secreto total. Como yo nunca milité, me dejaron para el final, pero igual les dije que sí. Cuando no hay reuniones interminables ni votaciones de madrugada ni autocrítica, siempre los acompaño. Además eso de traer una rosa roja

me gusto. Era una provocación, como les diré, poética; una provocación imaginativa. Y traje la rosa, que capiangué del jardín vecino de un te-erre ósea [para los ignaros] teniente retirado. Todos trajeron su rosa y las fueron dejando, no falló ni uno. Entonces nos sacaron de las aulas y nos pusieron en el patio, contra la pared. No tiene sensibilidad poética, qué se va a hacer. Posteriormente vinieron los botones y la pregunta de cajón: quién era el autor de la idea. Todos sabíamos que había sido Eduardo, pero nadie dijo nada. Era lindo aquel silencio. Empezaron a llamar grupitos de cinco, y nos interrogaban en la beledía. Fue precisamente ahí que caí de boludo. En mi grupo, fui el primero de los cinco. El coso me pregunto si sabía de quien había sido la idea. Y le dije que mi idea había sido mía, pero que no sabía de quién había sido la idea de las otras rosas. Me pareció que esa boludez era el colmo de la habilidad. Pero no. el segundo dijo lo mismo: que la idea de su rosa había sido suya, pero que no sabía de quien había sido la de las otras rosas. Los otros tres dijeron lo mismo. Y no sé por qué misterioso conducto la martingala llegó rápidamente al patio. Y cuando entró el segundo quinteto, las cinco respuestas fueron las mismas, Y así sucesivamente. A medida que el cansancio empezó a desfibrar la actitud inflexible de la primera media hora, algunos muchachos comenzaban a hacerme gestos de aprobación, de saludo y hasta de aplauso. Yo no tengo pasta de Héroe, pero debo confesar que empecé a sentirme contento. Había sido fácil. Y no sé de donde me había venido la idea, pero había dado resultado. Sin embargo, los milicos me marcaron. Por que fui el primero en dar explicación, deben haber pensado que yo era el líder o algo así. Me volvieron a llamar "Así que vos sos el autor intelectual" me dijo uno de bigotito fino, que además tenía un eccema asqueroso bajo el ojo. Empecé a decirle que simplemente se me había ocurrido traerle una rosa a la profe, por que era muy buena y enseñaba bien la materia. Que era nada menos que matemáticas. Lo que se llamaba una mentira piadosa. Por que a la tipa esa, jamás le entendí un corno, y además la odiaba, no por que fuera odiosa, sino por que enseñaba matemáticas. Pero el hombre no sólo no mostró el menos convencimiento por mi lúcido planteo, sino que me encajo una piña en el pómulo derecho, que rápidamente paso a primer plano. Es seguro que ese detalle habría servido para aumentar el volumen de mi prestigio en el patio. Pero no tuve la ocasión de inflar mi vanidad. Dos de los preguntones me agarraron de los brazos y me sacaron violentamente de la beledía, de allí a la canchita y ahí a la jefatura. De entrada les aclare que era menor y por lo tanto. Golpe en los riñones. Que eso estaba contra la ley. Patada en el tobillo. Ergo: Renuncio al tema de la minoría de edad. Me llevaron a una celdita repugnante: el olor a mierda me volteaba. Durante el mes que estuve allí me sacaron varias veces, solo para golpearme. Por lo general no hacían preguntas, se limitaban a darme la biaba. Ni picana ni submarino, apenas patadas y trompadas. Todo un privilegiado. Y tengo plena conciencia de hacerlo, ya que asistí a sesiones de picana y submarino. Creo que me llevaban para ablandarme. A mí me daba miedo, a quién no. Los torturados no eran menores como yo, pero tampoco eran veteranos. Había uno solo que era jovato, no se si tenía canas, por que siempre llevaba capucha. Pero se le veían las pulpas flojas como a la gente de treinta y cuatro. Pero cómo aguantaba ese viejo, los mas jóvenes no hablaban, no confesaban nada, ni decían los datos que los otros querían. Pero cuando les aplicaban la maquina gritaban como condenados. El jovato en cambio no les daba ni ese gusto. No sé ni siquiera si tenía voz gruesa o finita. Cerraba los puños y chau. Y cuando terminaba la sesión que a veces duraba horas. Salía caminando, ni siquiera se desmayaba. Uno de los muchachos parece que perdió el conocimiento y no lo recobro más. Eso les daba mucha bronca. Eso es lo peor que puede hacerles un detenido: morir. Enseguida llaman al medico para que lo resucite. Y el doctor hijo de puta [el mismo que dice hasta que punto se puede torturar sin que el tipo se espiche] hace lo posible, pero a veces los finados son tercicos, y no hay quien los convenza de que vuelvan a respirar. Entonces los tipos putean al médico y él no dice ni mu, porque claro, son capaces de torturarlo también a él. Mientras tanto al inerte le tiran agua le tiran agua en la cabeza, le pegan palmadas para que reaccione, es la única ocasión en que parecen apostar a la vida. Pero algunos los joden: se mueren. Y entonces vienen los mutuos reproches. Un día hubo dos que se agarraron a piñazos. Creí que se iba a aplicar la picana entre ellos, pero naturalmente no exageran. A mi me tenían encapuchado; Solo me sacaban la capucha cuando me llevaban de espectador. Algunas veces vomité, una

de ellas sobre el pantalón de una tira. No lo hice adrede, pero no estuvo mal. Me la ligué, claro. Fue la noche que me dieron como en bolsa, creí que iba a terminar en la máquina, pero no. Se ve que tenían instrucciones: a los menores solo patadas y piñazos. Alguna vez pude hablar con dos de la celda vecina. Yo estaba solo en la mía, que era minúscula y maloliente, pero la de ellos era más amplia y por consiguiente más olor a mierda. Allí había como tres, un estudiante, un bancario y un obrero. Cuando se recuperaban un poco y empezaban a respirar normalmente, en seguida comenzaban a discutir: que el foco, que el partido, que las deformaciones pequeño burguesas, que el desviacionismo, que el revisionismo, y dale que dale. Igual que en las asambleas del liceo. A veces discutían tan violentamente que los gritos se escuchaban en todo el piso. Yo no entendía un carajo, tampoco ahora entiendo. La cana les aplicaba la máquina a los tres por igual. Ósea que para la cana los tres eran lo mismo: Pueblo. La cana sí tiene criterio unitario.

Un mes estuve, sin visitas, solo ropa para cambiarme, sin libros. En algún momento temí que me trajeran algún libro de matemáticas, como tortura adicional, pero ni eso. Entre patada y patada, entre pinazo y pinazo, me aburría como una ostra. Es claro que prefería aburrirme a que me doliera el hígado o los huevos. Una tarde creí que me habían fracturado una pierna, pero en una semana bajo la hinchazón. Al principio me hacían preguntas, después me amasijaban sin preguntarme. Sin embargo hay una cosa que debo reconocer, así como ya les dije que caí por boludo, creo que también por boludo salí. Por que tuve por lo menos esa coherencia: seguí hasta el fin con mi versión original y el poético origen de la rosa. No creo que se lo hayan creído, lo qué si deben haber pensado es que yo era mongólico o fronterizo. O quizá haya surtido algún efecto la conversa que tuvo el viejo con un ce-erre [para los ignaros: coronel retirado] que él conocía desde sus Épocas sanduceras. Aunque no es seguro, sobre todo porque, ese coronel esta ahora preso, así que no debía tener demasiada muñeca. O será subversivo, bah. Después me entere que el padre Barrientos había caído por que le encontraron un berretín en la sacristía, nada puede asombrarme. Con razón le gustaba tanto el "Cantar de los cantares" . Seguro que ese no cayó por boludo. Bueno, una mañana me sacaron la capucha, me hicieron dos chistecitos que recibí con razonable desconfianza, me devolvieron un bolígrafo, una cajita de preservativos, la billetera, y el cinto, todo lo cual me había sido quitado el primer día. Nadie menciona en cambio el reloj de oro, regalo del abuelo. Casi caigo en la inocencia de reclamarlo, pero un rápido vistazo me salvo de esa pifia: el tacho estaba muy brillante, en la muñeca del musculoso que me estaba otorgando la salida.

3.

Si voy a ser franco, Buenos Aires me gusta, y no es que la compare con el calabozo. Después de eso, claro, cualquier cosa esta bien. Sin embargo creo que me gustaría menos, si estuviera de turista. Tiene plazas, oh. Tiene Árboles, oh. Tiene grandes tiendas, oh. [este "oh" lo digo en nombre de mi vieja] La gente anda tal vez demasiada apurada para mi gusto, pero así y todo me cae simpática. Tiene pósters, oh. Tiene subte, oh. Tiene muchachas, oh. Nunca vi mujeres tan bien vestidas, bueno tampoco había salido hasta ahora de la tacita de plata. Mire que eran cursis los de antes. !tacita de plata! Ahora es una escupidera de lata, pero bah, tampoco hay que andarlo pregonando. Baires tiene colectivos, oh. No tiene playas, ay. Eso si lo lamento, sin embargo, me gusta la ciudad. Lo incomodo son "los intercambios de disparos" pero cuando suena algún tableteo me meto en alguna galería, siempre hay una galería a mano. Suerte no?, ayer vi pasar a la presidenta, iba sentada muy derechita, casi como un maniquí, no se por qué siempre pienso en un maniquí, lo asocio con los cuentos que me decía mi viejo de los maniqués de la Casa Spera. Era una sastrería de hombres, allá en Monte, calle Sarandí al costado de la catedral, parece que tenía unos maniqués antiquísimos, y mi viejo dice que aunque les pusieran rostros nuevos, uno se daba cuenta de que eran contemporáneos del presidente Viera o del negro Gradín, de la llegada del plus ultra o de la tropue Oxford primera Época. Mi viejo decía además que ningún traje les quedaba bien, como si al maniquí gordo le hubieran puesto saco

de maniquí flaco y viceversa, bueno la presidenta parecía un maniquí, pero no de la Casa Spera, epa, sino de Christian Dior.

Me paso recorriendo las calles. Todas son buenas para mí. A veces me tomo el subte y me bajo en una estación cualquiera, pienso por ejemplo: Voy hasta la primera que empiece con V, y entonces me clavo por que llego a Lacroze y no había ninguna que empezara con V y allá por Lacroze no hay mucho que ver. Pero entonces aprendo y pienso: voy hasta la primera que empiece con C, que es una letra más fácil, y tomo otra línea y me bajo en el Congreso. Y estuve fenómeno por que emerjo de las profundidades y estoy en una zona animadísima, llena de comercio y gente. Como a mi me gusta, y me vengo por Callao viendo las vidrieras y las muchachas, aunque sin apurar el trámite por que para unas y otras se precisa guita y yo estoy pelado, es decir con la escasísima que me dieron mis ancestros en Carrasco, y yo lo comprendo por que el viejo no había cobrado el sueldo [comunico, los ingenieros cobran honorarios, pero los casi ingenieros cobran solo sueldos] y la vieja tuvo que pedirle prestado al tío Felipe para mi pasaje. Y además me llevo unos días ir localizando los boliches baratos, por que aquí uno se desorienta y desalienta y de pronto ve un restorancito de morondaga y piensa aquí mismo, pero no es de morondaga, por que ahí lastran de vez en cuando Palito Ortega o Leonardo Fabio, y a los parroquianos los fajan y con razón por que no van por el bife de chorizo, si no por el autógrafo o por el chisme, y entonces de que se quejan. Así que sigo tranquilito por el Callao, entre derecha y después a la izquierda, descubrí una pizzería que parece de porquería y [por suerte] es una porquería, es decir allí no van los famosos, sino los ignotos de siempre, vendedoras de tienda con trajes naranja y cuellito marrón, laburantes varios que mientras comen ordenan papeles, y claro la pizza no es como la de Capri [por lo menos de las que se ven en películas norteamericanas que transcurren en Capri] y quizá por eso la siga eructando hasta el próximo desayuno. Ni comparación con la de Tasende, allá en Monte, que corriamos con la barra a la salida de la clase. Después de patiar treinta cuadras para ahorrar el trole.

Sin embargo no llego a la pizzería por que al cruzar Cangallo con cruz roja [uno tiene sus principios] escucho mi nombre pronunciado por una cascada voz femenina, que resulta ser la señora, Acuña, ex amiga íntima de mi vieja pero que de todos modos sigue siendo amiga no íntima. Y que está de paso por esta "ciudad divina", donde a venido a hacer unas compritas aprovechando el tipo de cambio favorable "antes de que se den cuenta" y "estos ladrones lo ajusten de nuevo". Está con el marido y las nenas, una es de mi edad y la otra es de la suya. Y la de mi edad nació en Libra, igual que yo, y es la excepción estúpida que confirma la regla inteligente. El Señor Acuña tiene una cara de fatiga que da ídem, y se da un buen trabajo al resoplar con cierta calculada intermitencia a fin de que su esposa legal aquilate su sacrificio. Digo esposa legal, por que conozco a su amante clandestina, y el conoce que yo conozco: una vez los ví entrando taxi cómicamente en la modesta amueblada de calle Rivera, y la clandestina no estaba mal, el veterano no es zonzo, o sea que la nena no salió a él. De modo que cuando la señora Acuña dijo que ahora no me soltaban y que ahora tenía que cenar con ellos, así les contaba la historia de mis prisiones [no sé por qué la vetusta emplea el plural], dije que si, por que el señor Acuña conoce que yo conozco, no va a ponerse amarrete con el menú, la nena que no tiene mi edad sino la suya y que ahora capte se llama Sonia, me sonrió permanentemente, y a mi no me gusta que me sonrían por que me pongo colorado y eso nunca es bueno, así que me pongo a mirar obstinadamente a la que tiene mi edad y es estúpida y se llama Dorita, porque como me da asco y principio de náuseas, me provoca una palidez cadavérica necesaria para compensar la roja vergüenza que me causa la sonrisa constante de Sonia. De modo que mirando intermitentemente a una y a otra, de las chicas, mis mejillas, mi nariz y mi frente adquieren un color natural que, sin embargo y como acabo de explicar, es cuidadosamente fabricado. La señora Acuña insiste con las prisiones y yo le aclaro, modestamente que solo fue una y que no pienso convertirla en plural. El señor Acuña, como conoce que yo conozco, festeja el chiste cual si fuera de Hupurmopo todo para quedar bien conmigo y cuidarse bien las espaldas, sin percatarse de que yo puedo ser

chantajista pero no demagogo. Sin embargo cuando Sonia me pregunta con la voz temblorosa, si me torturaron, narro mi historia con lujo de detalles, claro sin darle ninguna importancia, que es la forma mas segura de dársela. Dorita entonces me pone la mano sobre el brazo [náusea, palidez, etc.] y a Sonia se le mueven los dedos de la mano derecha, pero está demasiado lejos para tocarme. Con el fin de dominar mis tensiones, me consagro al jamón con melón, la milanesa con papas fritas, y el helado [doble] de dulce de leche. Todo acompañado por dos balones de rebosante cerveza. Sintetizando: pago juiciosamente el señor Acuña, poniéndole la firma al convenio tácito.

4.

Mi pensión tiene chinches y cucarachas, vive Dios, y las paredes sudan. Yo también, además hay un baño para siete habitaciones, que en realidades reducen a seis, pues una está ocupada por dos franchutes jóvenes, que no son lo que se dice fanáticos de la ducha, el tiene una melena que huele a estofado, y ella una sandalias que permiten a la opinión publica enterarse de sus uñas color azabache. Sin embargo, aparte de los franchutes, el problema es bastante grave, por que si a los efectos de la ducha somos seis habitaciones, en cambio a los efectos defecatorios volvemos a ser siete: los galos no se bañan en cambio exoneran el vientre con europea regularidad. Ósea que mi alojamiento no pertenece a la cadena del Hilton, ni a la cadena del Sheraton sino [apronten la carcajada] !a la cadena del Water! Lástima que no se me ocurrió este horrible chiste cuando estaba con el señor Acuña y su sagrada familia. Habría tenido que festejarlo, muy piola el, por que conoce que yo conozco. En la pensión que se llama, como es lógico, Hironnelle, por que la dueña dice que sus huéspedes somos aves de paso, en la pensión digo, hay mucha vida, Vamos a entendernos: cuando yo digo vida quiero decir relajo. Por ejemplo: en la pieza 3 reside un pugilista. El exige que lo llamen Pickpoket, por que se formó en la escuela británica, pero es muy largo como apodo, así que todos lo llaman Pick, o Picky, y el se enoja por que dice que es nombre de perro, pero a esta altura eso ya no importa por que el tercer apodo ingresó a lo que mi profe de historia llamaba: la tradición oral. En el número cuatro vive una parejita joven, de la cual [puesto que yo vivo en la 5] conozco involuntariamente todos sus ruidos amorosos, que en el caso de ella son sencillamente estereofónicos y que me obliga a imaginarla sin ropas con mas frecuencia de lo que yo quisiera. El marido, o lo que sea, se da cuenta de mi insoportable situación, pero en vez de tenerme piedad me toma el pelo y cuando se cruza conmigo en el pasillo me dice su estribillo capcioso "Ché, hoy te noto mas tubardo que ayer, ¿que te sucede?" Yo puteo en silencio por respeto a la dama sonora, pero el se aleja riendo como el pájaro loco.

En el 6 viven los franchutes, cuyo aroma se cuela a veces por las rendijas, pero debo reconocer que nunca hacen ruidos venéreos. Ruidos de otro tipo si hacen, ya que el a veces toca la guitarra y cantan canciones de protesta, en un español que les sale directamente de las amígdalas. No se meten con nadie, si olieran mejor, les tendría simpatía.

En la 7 viven dos botijas , dos nenas, bah, que se la pasan escribiendo a máquina. A veces me despierto en la madrugada solo oigo las sirenas de la cana y la maquinita de ellas. ¿Que escribirán?

Aclaro que la 1 y la 2 no las tomo en cuenta por que son las que se reserva la patrona, cuyo nombre es Rosa. Doña Rosa se sabe [en realidad es imposible no saberlo], por que lo narra dos o tres veces por semana] que es viuda y que su marido fue peronista de la primera época, cuando Evita. Una tarde se puso confidencial y bajando la voz me dijo en tono cómplice: "Ahora el sería otra cosa ¿me comprende?".

5.

Tengo que conseguir trabajo, por que la guita se va acabando y no puedo estar pendiente, de lo que puedan mandarme los viejos que por otra parte, siempre va a ser poco. Ya fui a dos o tres comercios de Once que pedían personal en los avisos del clarín, pero no bien se enteran de que aún no tengo residencia, dicen un "no" conmovedor. Ahorro hasta en los puchos, pero me parece un sacrificio idiota. Además hay veces que me viene incontenibles ganas de fumar y no tengo. Menos mal que ayer me encontré al flaco Diego y le estuve manguendo puchos toda la santa noche. También vino rajado de la cana. Es claro que la paso bastante peor, por que no cayó por boludo como yo, si no por mas prestigiosas razones. Dos veces lo agarraron [la primera, escribiendo con aerosol en los muros del cementerio Buceo una consigna contra los milicos, y la segunda con un volante que no era precisamente oficialista]. Las dos veces lo movieron lindo, con picana y todo, se aguanto como un tronco y lo largaron. Pero el se dijo "La tercera es la vencida" y se tomó el aliscafo de Villadiego.

Yo lo conocía poco, por que él me lleva como cuatro años y además el siempre militaba. "Así que vos también sonaste", me dijo, cuán amable "Quien lo iba a decir, con lo que siempre te cuidaste" es difícil explicarle a un tipo como él, mas quemado que el ave Fénix, por que yo no militaba. Traté de decírselo, pero no entendía. "Excusas, botija, excusas". Me revienta que un carajito, que apenas me lleva cuatro años, me diga "botija" con ese dejo sobrador "Ta' bien, ta' bien, pero y ahora ¿vas a militar?" le pregunto como quiere milite en este caos. No se por que se me ocurrió decir caos. "Siempre se puede" dice el, le aclaro que antes que nada tengo que hallar trabajo "Si, eso esta bien, yo ya estoy laburando, si querés te ayudo" claro que quiero, anotó un nombre y una dirección, tengo que ir mañana "ahora vení conmigo" caminamos como veinte cuadras, yo hubiera tomado colectivo, pero el dice que cuando se lleva una vida sedentaria, es muy útil el caminar, eso ayuda a la circulación. Mi tío Felipe, que es naturista, dice las misma aburrídeses, por fin nos detenemos frente a un edificio de varios pisos. Subimos hasta el 15. Un tipo de pelo largo y con colgajos nos abre la puerta. Hay como quince, todos jóvenes. Discuten, pero no puedo enterarme sobre que, la terminología me pasa por encima del jopo. No pesco ni una. En un rincón está una piba que casi nunca participa. Tiene cara de tedio, pero es ella que me dice: "¿te aburrís?" me encojo de hombros, tal vez sea un encogimiento afirmativo por que ella me dice "vení" y se mete por un pasillo, yo la sigo, y subimos por una escalera de madera, con alfombra. No es un apartamento común sino un "penthouse". Después de la escalera salimos a una galería y de ahí a un jardín. Si hay un jardín, con árboles y todo , y es un piso 15. También hay sillas, mesas y algo así como un sofá veraniego, "vení" vuelve a decir y se sienta en el sofá. Yo me siento también y por primera vez la miro con atención; por las dudas sonrío. Es morocha, de ojos lindos, oscuros, será de mi edad o un poco mas. El escote es profundo. No está mal. "¿Te gusto?" pregunta muy serena. Es probable que se me haya depravado un poco la sonrisa.

Hay algo de maternal en su carita y a mi siempre me gustaron las madres. "Bueno si, sobre todo como anticipo" Ella ríe francamente, y sin desabrocharse siquiera la chaqueta, puesto que hay espacio suficiente, saca un pechito limpio. Yo me siento autorizado a ayudarla, pero ella me frena de manera inequívoca "no pienses mal. De todos modos es imposible. Regla de tres compuesta ¿tamos?" Y como dejo traslucir cierto desencanto, agrega: "perdón, perdón. Lo hice solo por que te vi tan aburrido" y guarda otra vez el pechito.

6.

Las señas que me dio Diego corresponden a una editorial, presumiblemente de izquierda. Esta vez mi condición natural de turista, no impide la contratación, "Ya buscaremos la solución" dijo el encargado "lo esencial es que comiences a trabajar, por que me imagino que tenés que comer, ¿o imagino mal?, le digo, por supuesto que imagina bien, y me asigna un sueldo que es bastante bueno, sobre todo considerando las circunstancias tan irregulares de mi permanencia aquí. Le doy las gracias y el dice que los argentinos tantas veces exiliados en Uruguay tenían el deber de prestarnos

solidaridad, ya qué esta vez éramos nosotros los jodidos. "cuando yo era chico, mi viejo estuvo como dos años en Montevideo, haciendo y vendiendo empanadas, y la gente lo ayudo mucho". No saben como me alegro que mi gente oriental haya ayudado a su viejo porteño. Además me vienen unas ganas locas de comer empanadas. Eso me ocurre con cierta frecuencia: cuando alguien menciona una comida, o un postre, o un helado y el estomago se me comienza a retorcer de tantas ganas.

En tales casos soy capaz de pagar cualquier cantidad con tal de tener la comida en cuestión, pero como casi nunca tengo cualquier cantidad, debo quedarme con las ganas, y en realidad eso no es una catástrofe. De todas maneras este es un problema que tenemos los desvalidos y que me permite comprender el odio de clases.

Mi trabajo en la editorial consiste, por ahora, en la corrección de pruebas. Algunas vez hice en Monte suplencias de corrector perdí injustamente ese laburo cuando deje pasar una errata que el autor considera inadmisibile, humillante y soez: "orínico por onírico". No era para tanto, creo.

Convengamos en que el intelectual es por definición un susceptible. Espero que los de aquí no sean tan delicados.

Ya comencé con mis funciones, así que le escribí a la vieja que se queden tranquilos: no moriré de hambre. Aunque eso sí, no descarto la posibilidad de morir al cruzar Libertador, o si me pesca una bala perdida en cualquiera de los tiroteos que amenizan esta gran urbe. Esto último lo puse para que tengan de que preocuparse, ya que solo cuando están ansiosos mejoran sus relaciones conyugales.

A cada rato me encuentro con gente de la vecina orilla, aunque tal vez no sea correcto nombrarlos así. He notado con cierta alarma que los únicos que decimos "la vecina orilla" somos nosotros, con respecto a Baires, pero no los porteños en relación a Monte. Los cronistas deportivos de aquí, sobre todo los de la radio cuando se refieren a nosotros dicen "los de la otra banda" Tampoco escriben "allende el Plata" ósea que jamás podrían hacer deportes en "El Diario" o en "La Mañana".

Casi todos los compatriotas que encuentro y/o conozco ya se hallan trabajando, aunque casi ninguno tiene vivienda mas o menos estable, y hasta me tope con uno que ni siquiera tiene documento. No cometo la indelicadeza de preguntarle como entró. Puede haberlo perdido, claro. Uno de los compatriotas me enseña donde queda el consulado uruguayo. Por las dudas cruzo la vereda de enfrente. En esta zona veo muchas caras conocidas de la patria chica, pero prefiero dirigir mi seductora mirada hacia otro punto cardinal. Ya que la mayoría son tiras que en otros tiempos frecuentaban los cafetines "Del Cordón". El flaco Diego, que se las sabe todas, aconseja no concurrir a las cafés ni pizzerías de Corrientes sobre todo entre Obelisco y Callao, por que allí anda suelto tanto tiraje oriental que hasta se vigilan entre ellos. Una lástima por que a mi me gusta Corrientes, sobre todo de noche.

En vista de que voy a tener sueldo, aflojo un poco mi política de ahorros y compre cigarrillos. Mamá dice que si sigo fumando así voy a morir de cáncer al pulmón, como mi abuelo, pero el crepo de 81, así que me faltan, nada menos que 64, a que me voy a angustiar desde ahora. Tampoco hay que pasarse de previsor. Capaz de que me secuestran o me acribillan la semana que viene, cruz diablo, y me voy al purgatorio sin haber tenido siquiera este disfrute. Ósea que en media hora fumo mas que tres murciélagos juntos. Digo esto por simple hábito coloquial, ya que en realidad nunca vi fumar a un murciélago y mucho menos a tres. En rigor, debería decir "mas que tres monos" ya que aunque no hayan ingresado al diccionario de modismos, hay monos que son empedernidos fumadores. Y de eso si soy testigo. Por que se de uno que fumaba en villa Dolores. Y otro más en Palermo y este último además sacudía la ceniza en la palma ahueca de la mona, flor de masoca la simia.

Cuando le digo a doña Rosa que por fin he conseguido laburo da rienda suelta a su entusiasmo y me besa casta y sudorosamente en ambas mejillas. Como el baño está ocupado por la dama sonora, debo esperar por lo menos treinta y ocho minutos si

quiero lavarme el pegote, claro que la vieja no lo hace con intención aviesa, pero igual me jode. Es buena, menos mal. Aunque para mi gusto, se pasa de entusiasmo. Personalmente opino que éstas no son épocas para entusiasmar a nadie. Hasta el fútbol da lástima. Tengo la impresión de que ahora nos amamos con los porteños, por que ellos como nosotros estamos a cual mas patadura en este viril deporte. Unidos en la desgracia. Bueno doña Rosa se entusiasma con Velez. Es el colmo, ni siquiera es hincha de un cuadro importante, como Boca o River. Escucha el partido integro por la radio, y a la noche vuelve a ver los goles por la televisión, que para mayor aberración, no son los que metió Velez sino los que le metieron. Otra masoca. Por eso dejo que me bese casta y sudorosamente las mejillas, a fin de que canalice de algún modo su entusiasmo potencial. Y bueno, cuando por fin sale la dama sonora, entro al vano y e lavo el pegote.

7.

Al menos esta primera semana, el trabajo me gusta bastante. Hasta ahora no he tenido quejas. Es claro que al final de la tarde tengo el balero que es una matraca. Fatiga intelectual. Quien iba a decir que a mi [como estudiante evité siempre el "surmenage"] que iba a terminar haciendo semejante concesión: fatiga intelectual, nada menos, como un traga cualquiera. Para peor a la salida me encuentro con Leonor y su hija. Esa familia siempre me cayo bien, pero hoy me dejaron en ruinas. El marido de Leonor está en el penal de Libertad. Ella lo vio antes de venirse, y dice que envejeció diez años en cuatro meses. Lo han reventado. Él fue quien les pidió que se vinieran, Leonor no quería, pero parece que a él le angustiaba tanto, que al final dijo que si. Ahora no saben que hacer. Laura, la hija, me mira esperanzada, como si yo pudiera darles una idea salvadora. Pero, aunque me estrujo el cerebelo no se me ocurre nada. Y Leonor que llora despacito sin armar escombros. Ni siquiera llora para Laura ni para mi. No, llora para ella. Le pregunto a Laura por Enrique, su hermano, que en primaria fue mi compañero de banco. "Hace un año que no sabemos de él. Está borrado, Todos los días compramos los diarios de Montevideo para ver si aparece en alguna nómina, mejor dicho, con el pánico de que aparezca en alguna." Y yo parado como un imbécil, sin saber que decirles ni que hacer. Les cuento que trabajo en una editorial, que si llego a saber de algún trabajo para Laura, les aviso. Me dejan el teléfono de unos amigos. Después se van, apretadas una contra otra, como protegiéndose, no puedo comer nada. Una vergüenza. A la noche cuando me acuesto me viene como una sacudida, un estremecimiento, que se yo, y lloro como un cuarto de hora. Y todo por una desgracia que no es mía. ¿O será?.

8.

A Celso Dacosta lo había visto solo un par de veces allá en el Prado, cuando ambos frecuentábamos el club Atahualpa. Pero cuando me vé en Purreydon y Viamonte, me grita por entre colectivos y cruza a zancadas. Me abraza, me pregunta si estoy viviendo aquí, me vuelve a abrazar. Que ahora no puede, por que va muy apurado, pero tenemos que vernos. Por lo pronto, quiere saber si tengo libre la noche del sábado. Que hay una reunioncita en casa de unos amigos "platudos pero izquierdosos, el pueblo bien vestido jamás será vencido". Que no vacile más. Que aquí tengo la dirección. Que llegue después de las diez. Bueno, digo.

Y voy. Es bruto el piso, esta vez en Libertador. Llego a las diez y media, pero Celso no está. Me encuentro bastante perdido. Hay como sesenta personas. Y es toda gente conocida. Son caras que he visto en "Gente" o en "Siete Días". Me presentan a tres o cuatro, contemplado con gesto admirativo un cuadro de mierda. Vine con la mejor ropa que tengo, pero cualquiera puede advertir que mi pozo de otro sapo. Ellos están de sport, pero que sport, mama mía. Las mujeres se ríen para adentro, a fin de que el maquillaje no se les desarme. Sus carcajadas suenan como una cavernita. Y los hombres les hacen más y más chistes, para joderlas, claro, y al final siempre

consiguen que lancen la carcajada hacia afuera y en consecuencia el desplanche de arrugas.

Cuando por fin llega Celso, me pesca mirando de solayo a una morocha silenciosa que lo único que hace es tomar jugo de naranja. Que si sé quien es. Que si quiero me la presenta. Y antes de que responda, estamos presentados y allí nos deja, ella con su jugo y yo con mi whisky. Ella da un resoplido, como diciendo que pesado [Celso, claro] y yo por hacer algo frunzo el ceño. Le digo que la he visto en "Sueñoreal" y que me parece que ella tiene condiciones para más, mucho más. Es una porquería, dice. Cuando habla, aunque solo diga esa banalidad, su atractivo se multiplica por cinco o por diez. Sucede que cuanto está callada su expresión es muy dura, casi agresiva. Cuando habla sin embargo, se ablanda, se vuelve cálida. Se lo digo así que sos buen observador. No generalmente, no lo soy Me ha gustado observarla a ella, eso es todo. <¿Por que?> Bueno, por que es linda [risita de ya, soplido mío], pero además por que tiene una mirada misteriosa <[levanta las cejas]> no de gran misterio, sino de misterio pequeño, breve. Suelta una carcajada, sin la menor preocupación por el maquillaje. <¿Así que misterio breve? ¿y por que breve?> por que cualquier momento se disipa, se resuelve.

<¿Y se puede saber con quien tiene que ver ese misterio?> Hasta el momento me las arregle para evitar el tuteo o el usteo, pero aquí no tengo más remedio que decidirme y sigo <Con vos> El voseo la sorprende [debe tener veintiséis años o más], no lo esperaba, pero menos aún esperaba lo que el voseo dice. Toma un poco de jugo para hacer tiempo. Los ojos oscuros le brillan. <¿en que trabajas?> se lo digo. <¿Por que no venís mañana a buscarme después del ensayo?> Me gusta y no. Me gusta su físico, especialmente su cara, también sus manos y sus piernas. Me gusta también ese misterio que le inventé. Pero no me gustan tres cosas: que sea actriz, que sea famosa, y que sea tan vieja. Figúrense, yo con una vieja de veintiséis años. Pero la tentación es grande. <¿Tenés miedo? No voy a comerte, es para que conversemos, sólo eso, ¿Y sabés por qué? Me gusto eso que me dijiste. Creo que tenés razón: hay un misterio pequeño, breve, un misterio y que tiene que ver conmigo misma. A lo mejor me ayudas a resolverlo> Ahora soy yo quien trago whisky para ganar tiempo.

9.

Digamos que se llama Isabel. Claro ese no es su nombre. Pero no quiero quemarla. Aunque siempre es posible que mañana o pasado, "Antena o Radiolandia" informen que la hermosa protagonista de "sueñoreal" [tampoco este es el título] fue vista en compañía de un espigado joven. Así que digamos se llama Isabel. El espigado joven pasa varias horas pensando que irá a buscarla al final del ensayo. El problema es la ropa. Pero lo resuelvo fácilmente. En vista que no puedo competir por lo alto, decido vestirme a lo reo. Y sin complejos. Como si estuviera orgulloso de la tricota tejida por mi vieja.

Llego tan puntual que me da vergüenza, así que doy tres vueltas a la manzana antes de establecerme en la puerta del teatro. En realidad, podría haber dado diecisiete vueltas, por que ella se demora una hora, nueve minutos, veinte segundos. Mantengo un cruento enfrentamiento [como diría Radio Carve] con mi dignidad, cuyo insistente consejo es que me vaya y deje plantada a la destacada intérprete. Sin embargo, me quedo. No sé bien por qué, pero me quedo. Podrido de esperar, pero me quedo. Por fin aparece, sale del ascensor con todo un clan. Soy el único que esta esperando, así que no hay confusión posible. Pero ella pasa, riéndose y manoteando [en ese momento me parece vulgar], me mira como quien mira una cornisa, una bisagra, o una cucaracha, y sigue riendo y manoteando con sus pares. Yo soy impar. Montan en tres autos y arrancan con un ruido infernal. Ósea que el espigado jovencito no será mencionado ni en "Radiolandia ni en Antena". Entonces me doy cuenta de que estoy sudando. Debe ser que la tricota que me hizo la vieja es demasiado abrigada.

10.

Fumo un cigarrillo y me siento mejor. Después de todo ¿qué tengo que ver con ese mundo?. Por que acá ser actor o ser actriz no es lo mismo que en Monte, donde uno puede encontrar a Candeau en el trole, o a Estela Medina en la panadería. No sé si es mejor o peor, pero no es lo mismo. Allá nadie hace mucha guita en el oficio. Además no hay cines. Aquí si, y en el cine corren los millones. Siempre están hablando de que el contrato es por tantos y cuantos palos. Y en la televisión, y hasta en el teatro. Y que aparato de propaganda, con chismes y todo. ¿Como no va a creer esta gente que es lo mas importante del mundo y sus alrededores?.

A esta hora ya no hay subte y los colectivos escasean. Hay taxis, claro, pero yo estoy seco. De modo que regreso caminando a la pensión Hironnelle. Deben ser ciento veinte cuadras. O quizás sean trescientas quince. Pero me hace bien. Paso primero por la decepción y luego por la bronca, y finalmente asumo una relativa calma. ¿Será que he alcanzado la madurez? ¡Jamás! ¡Renuncio solemnemente a madurar!. Como bien dijo Heráclito, la fruta madura es la que esta más cerca de podrirse. Bueno, no se si fue Heráclito, pero siempre hay que mencionar una fuente prestigiosa. A lo mejor no lo dijo nadie y aprovecho y lo firmo yo. Cuando la alternativa es Madurar o Morir, entonces por supuesto prefiero la muerte. Si antenoche se lo hubiera dicho a Isabel, tal vez se habría acordado de mi. No hay que tener miedo a las palabras. Las palabras consiguen cosas. Y mujeres.

No todas las ciudades son lindas en la noche, sobre todo si uno las camina en plena decepción. Pero Baires me gusta aún en estas inclementes condiciones. Siempre tiene un perro vagabundo que decide acompañar a los espigados y abandonados jovencitos, y a veces, como esta noche, son cuatro los perros vagabundos. Se amontonan, se separan, se vuelven a reunir, me acompañan en cada cruce, no sin antes fijarse a diestra y siniestra [debe haber sido un diestro el que invento que la izquierda es siniestra ¿no?] y esperar que pase rugiendo el larguísimo camión -tanque, para luego flanquearme otra vez en la vereda de enfrente. Tan conscientes de su papel de custodios, que ni siquiera husmean los tachos de basura ni se montan los unos a los otros, para decirlo en lenguaje bíblico, todo lo cual es una muestra de que consideran su desfile nocturno, no como un alarde de hedonismo. Sino como un austero acto de servicio. Y así vamos los cinco, con paso preocupado y sin darnos respiro. Viendo cómo aquí el viento arremolina los papeles sucios de la jornada, y como allí un tipo de nariz ganchuda propina dos trompadas cautelosas [como si no quisiera romperle el tímpano] a una puta opulenta que ni se mosquea y a su vez le da al musculoso una bruta patada en el cóndito femoral [¿vieron como sé de esqueleto?]. Más allá, afortunadamente fuera de mi contorno inmediato, los ululantes carromatos policiales de siempre. Y aunque es riego y transcurre lejos, los cuatro perros se detienen y me miran ansiosos. Como esperando de mí una definición, un diagnostico o un alerta. Pero yo sigo caminando indiferente. Entonces los cuatro se consultan y deciden continuar con su marcha solidaria. Diez cuadras mas allá, dos botones advierten de lejos nuestras presencias y se detienen a esperarnos. Pero se ve que los cinco imponemos respeto, ya que pasamos frente a ellos sin que se atrevan a molestarnos.

11.

En la editorial corrijo pruebas, hasta quedar estúpido. Hace una quincena estoy dale que dale con una revista de economía. Primero fue un ensayo de sesenta páginas, Sobre desarrollo económico de Inglaterra en etapas previas a la revolución industrial. Encontré quince erratas en la cría de ovinos, veinte en los hurtos de tierras comunales y doce en el patrimonio eclesiástico. El tema no es precisamente una diversión. De

noche sueño con residuos feudales y racionalización del proceso productivo. El artículo que me toca hoy trata de la utilización de las leyes económicas. Ahí encuentro nueve erratas en la acción espontánea de las leyes objetivas; dieciocho, en la necesidad natural de la producción social, y apenas cuatro en la acción concordada de los trabajadores. Ósea que está noche soñaré con normas técnico económicas científicamente fundamentadas y el tiempo medio socialmente necesario. ¡Y a mí que me aburrían las matemáticas! Mientras voy corrigiendo, decido no poner atención al tema, por dos razones. Una: Que ni aún poniéndole atención entiendo de que se trata. Dos: Que si intento empaparme en el asunto, se me escapan las erratas. En una ocasión vuelvo atrás, por que me distraje, y lo hice bien [no en distraerme sino en volver atrás] porque se me habían pasado nada menos que "congunto y esclavones".

A veces me ocurre que leo y leo sin pestañear, y los ojos se me ponen duros de tanto tenerlos abiertos. Ya sé que es idiota, pero de a ratos me parece que si pestañeo, en ese preciso instante se me va a pasar la errata que espera agazapada entre tantas leyes económicas. Entonces lo que hago es señalar con la uña [que dicho sea de paso, tengo que limpiármela] la palabreja en que me detengo, miro hacia el costado, pestañeo cómodamente varias veces seguidas y vuelvo a la galera con los ojos ya más humedecidos y menos rígidos. Y solo entonces retiro la uña, luego de limpiarla con la tarjetita.

12.

A Dionisio - veintidós años, vecino de barrio, estudiante de química - lo encuentro en Córdoba y Canning. Hace sólo seis meses que no lo veo, pero me parece que hubieran pasado por él como diez años. Ha perdido vitalidad, dinamismo, travesura, qué sé yo. No está histérico, sin embargo, como tanto compatriota que encuentro. No él está calmo. No sé qué es peor. Por que su calma es por sobre todo una tristeza bárbara. Al principio no se qué decirle, qué preguntarle. Siempre fue más lucido, más inteligente y más seguro que todos nosotros. Como voy yo ahora aconsejarle, a compadecerlo, a ayudarlo. Además ¿compadecerlo de qué? Le digo si quiero que tomemos una cerveza. Y acepta.

Cuando el mozo deja frente a nosotros los dos balones, Dionisio sonrío por primera vez, pero es una sonrisa gris, sin impulso, apagada: "¡Qué seguro estaba yo! ¿Te acordás?" Claro que me acuerdo. Ya no puedo seguir sin preguntarle. Y le pregunto. Estuvo preso, claro, quien no. Solo cuatro meses. Lo agarraron a él y a cinco mas, incluido Rubén. En una reunión donde Vicky."?Te acordás de Vicky?" Por supuesto. No es para olvidarla. Casi le digo eso pero me freno. Quizá por que tengo la impresión de que está a punto de llorar y que ahí esta el nudo del problema. Vicky era su noviecita. Y todo tenía aspecto de amor eterno. Siempre se los veía juntos: en el parque, en las asambleas estudiantiles, en el ómnibus, en el cine, en la facultad. "La llevaron con nosotros. Al principio nos trataron correctamente. Era el "bueno". Como no consiguieron sacarnos nada, nos pasaron al "malo" que ni siquiera se demoró en la etapa de piñazos. Directamente a la máquina. No sabés lo que es eso. Sufrís por vos y por los otros. Nunca nos amasijaban simultáneamente. Se la agarraban con uno y que los demás imaginaran lo peor, bajo la capucha. Tal es así que cuando llega el momento que te la apliquen a vos, tratás de gritar lo menos posible. [aunque es imposible no gritar] para joder menos a los que escuchan y no ven. Así estuvimos quince días." De pronto veo que se afloja, que se tapa la cara con las dos manos. La voz empieza a llegarme entrecortada, por entre sus dedos húmedos y crispados. "La única vez que me sacaron la capucha fue cuando la violaron frente a mí. Me tenían amarrado, desnudo, Y a ella a tres metros, desnuda, con las muñecas y los tobillos atados a una tabla ancha, en el suelo. Fueron como diez. Y ella sabía que yo estaba ahí, impotente. Al principio grito como loca, luego se desmayó, pero ellos siguieron, siguieron. Yo quería cerrar los ojos, pero los tipos se daban cuenta y me los abrían a la fuerza. Tuvieron que llevarla al Hospital Militar. Casi se les muere. Un mes después

nos soltaron a todos, menos a Rubén." No sé que hacer. Le pongo una mano en el brazo. La gente del café lo mira gemir y balbucear. El mozo se acerca para preguntar si "su amigo se siente mal" y tengo que inventar que "le han comunicado una desgracia familiar". Dice "pobre" y se aleja con el cinzano y las aceitunas que le pidieron de otra mesa. Dionisio se va calmando, y yo le pregunto dónde y cómo hasta ahora Vicky "vive pero no existe, ¿entendés?. Nunca se recuperó. No volvió a hablar. La vi, le hablé. No responde, no reconoce a nadie. El viejo tiene guita y la quiere llevara a Europa, a ver si allí pueden hacer algo. Los médicos recomendaron que yo no la viera más, al menos por ahora: era contraproducente, según ellos. Además a mi me fueron a buscar dos veces a casa. Y tuve que salir, todavía no sé como lo conseguí. Salí por Rivera a Brasil, luego por Uruguayana a Argentina, y me vine hasta aquí haciendo dedo. Demore veinte días.". No puedo quitarme del mate la imagen de Vicky, tan linda, tan emprendedora, tan deportiva, tan buena estudiante, Dionisio levanta la cabeza, los ojos ya sin lágrimas, y mirándose la punta del zapato dice despacito: "Y todavía falta lo peor de la historia" tengo que estirarme para oír: "Está embarazada" ¿vieron? la puta vida también puede ser cursi.

13.

Me refugio en la galería de Santa Fe, por que el tiroteo suena cercano. Y empiezo a mirar vidrieras, para hacer tiempo. Hay una muchedumbre en la galería. Los dueños de las boutiques salen ganando con estos tableteos de ametralladora. Por que la gente se pone a salvo en las galerías y siempre termina comprando algo. Además los que se resguardan compran por cábala, por agradecimiento a ese azar que los pone cerca de Santa Fe cuando van a empezar los tiros. No es lo mismo que la balacera [como dicen en la TV] te pesque en Santa Fe o en Talcahuano, o que te agarre cuando cruzás la 9 de Julio ósea en pleno descampado asfalto. No tengo un podrido mango para comprar nada, así que simplemente miro la vidriera de los casetes, después la de ropa de los playboys, más allá; colgajos para Hippies, más aquí la de cerámicas y la de velas de colores, y la de grabadores, y la de cámaras fotográficas. Ya solo me quedan las boutiques femeninas, y me paro frente a una de ella, sin ver nada, indeciso. De pronto noto que desde adentro alguien me saluda con la mano. Tiene que volver a hacer señales, por que en el primer momento pienso que el saludo es para otra de las personas que andan haciendo tiempo o esperando que cesen los tiros. Solo cuando sonrío me doy cuenta de que es, Digamos Isabel. Saludo sin muchas ganas, ella me hace señas de que espere. No la habría conocido por que tiene otro peinado, otro color de piel [está como más cobriza] y sobre todo otro atuendo: en vez del vestidito deportivo que llevaba cuando la conocí, o el saco largo de cuando me dejó plantado hace veinte días, ahora lleva uno de esos conjuntos con la chaqueta ajustada y los pantalones amplísimos. Recuerdo que mi vieja los llama "palazzo" pero yo creo que simplemente son pijamas de calle.

Sale por fin cargada de paquetes, y no me mira como a cucaracha ni como a cornisa sino como a joven espigado. Además me besa levemente la mejilla. El perfume funciona. No sé si me entienden [¿quienes son ustedes?]. Suave pero tremendo. De pronto me parece que toda la galería tiene ese perfume. Suave pero tremendo.

Está alegre hoy. No taciturna y aburrida como la noche de la reunión, ni ruidosa y frívola como la noche que me dejó plantado. Alegre nomás. Y no menciona la cita incumplida. Tampoco la menciono yo. Nombrarla sería humillarme. Hoy estoy de camisa. También puede ser que la otra noche no me haya reconocido por que llevaba la tricota que me tejió la vieja. Pero en ese caso tendría que reprocharme el no haber ido a buscarla. O quizá no me lo reprocha para no humillarse ella. "¿que hacés aquí? ¿andas de compras?" Aclaro que me metí- en la galería a causa de los tiros. "Yo también. Pero me salió caro. Mira todo lo que compré Ayudo con los paquetes. "Vení conmigo, ¿o tenés algo que hacer?" No, no tengo que hacer."El auto está; a media cuadra y ya se acabaron las balas. Por hoy al menos." Es cierto. La gente se va reintegrado lentamente a la calle. La avenida recupera su enloquecido ritmo de

siempre. La gente grita, ríe, se llama. Dos convertibles tripulados por varios maricones de a todo color, se meten veloces entre los colectivos y los taxis para poder llegar al próximo cruce antes de que se encienda el rojo. Nadie diría que este año ya a habido novecientos muertos por razones políticas.

Antes de que lleguemos a la playa de estacionamiento, empieza a lloviznar. Así y todo firma dos autógrafos: a una jovencita de voz chillona y a una señora respetable. Tengo la impresión de que disfruta con el asedio. Otra gente no le pide nada, pero la señala. Ahora la llovizna se transforma en lluvia. Yo me siento libre, nadie me tiene en cuenta, aleluya. Ella acomoda los paquetes en el asiento de atrás. "Que frío, che. Vení vamos a casa a tomar un trago. Después de tantos tiros y tantas compras nos hacen falta ¿no?. Además, tenemos que festejar el encuentro."

El apartamento no es lo que se dice suntuoso, pero en cambio es muy confortable. Yo me desparramo en un mueble extraño: muy chico para ser cama, muy grande para ser sofá. Me quedaría horas echado ahí. Desde el fondo de aquello, empiezo a examinar el ambiente escénico. Decido que un apartamento así sería el ideal de mi vida cuando esta se vuelva sedentaria. Por ahora no, porque soy nómada. He notado que los sedentarios siempre son viejos. O maduritos como, Digamos Isabel. Le preguntó si se considera sedentaria. "¿Que es eso?", inquiera a su vez, con las palabras medio acuosas, por que se esta lavando los dientes en el baño. Le aclaro que los sedentarios son los que no andan loqueando de domicilio en domicilio, de pradera en pradera, de país en país. Estos, en cambio, se llaman nómadas. Si me oyera la profe de historia, estaría orgullosa de mi. Pero no está orgullosa, está presa. "Entonces soy sedentaria. Odio las praderas. Odio las mudanzas." Ya me parecía, eso le sucede por tener cosas que mudar. En cambio, todo mi equipaje soy yo mismo. "Que lindo eso, parece de Antonio Machado. ¿Sabes que yo empecé haciendo un recital de Antonio machado?." No no sé. Evidentemente ésta se cree que todos estamos al tanto de su biografía. Pero para que vea quien es Antonio Machado le recito: Arde en tus ojos un misterio, virgen [pausa] esquivia y compañera [pausa]. No sé si es odio o amor la lumbré [pausa] inagotable de tu aljaba negra. La cita le hace asomar la cabeza. La cabecita, bah. Digamos Isabel. "Cultísimo joven, cultísimo. Aprobado por unanimidad". Ahora esta con un buen Jean y una polera azul. Se cambió en dos patadas. Como se cambian las actrices, bah. "El whisky ¿lo querés solo o con hielo?". Con hielo, claro. Viene con dos vasos y se sienta en la alfombra, pose de Buda. "No te quedes en ese camastro, vení descendé hasta el pueblo." Me da lástima dejar el mueble extraño. Además, no me gusta sentarme en el suelo, aunque esta vez medie, entre el suelo y yo, una alfombra tan suave y mullida como esta; tengo las piernas muy largas y nunca sé donde ponerlas. Cuando me siento en el suelo, me parece que por todas partes me rodean mis piernas. Pero era mas incomodo mirarla desde el camastro, así lo llama ella, y después de todo no es desagradable sentarme en la alfombra no sólo rodeado por mis piernas sino también por Digamos Isabel en un apartamento de un solo ambiente donde no hay nadie más que rompa los forros.

"La otra noche me dijiste que yo tenía un misterio pequeño y breve. Y también que ese misterio tenía que ver conmigo." Tengo la impresión de que ya se me pasó el rencor. En los últimos minutos he empezado a tratarla mejor. Pero de a poco, de a poco. Hay pendejos que se mueren por las actrices, yo no. Me gustan o no me gustan, pero no me muero por ellas. Esta, por ejemplo, me gusta. Tampoco ella esta tranquila del todo. Y eso que debe tener la bruta cancha para tratar con nosotros, los jóvenes espigados.

"¿Sabés cuál es el misterio pequeño que tiene que ver conmigo?" Entre dos tragos de Escocia, mi cabeza dice que no. Si ella supiera que eso lo dije la otra noche, nada más que para salir del paso. Debe pensar que soy astrólogo o quiromántico. "El misterio es que estoy viviendo en falso" Ah. "Lo que me dijiste me siguió dando vueltas en el mente. Me costó admitirlo ¿sabés?" Aja. "Fue por eso que la otra vez, a la salida del ensayo hice como que no te veía." Proyecto decir ajajá, pero el estornudo me saca del apuro; Además me sueno discretamente las narices. "¿Te resfriaste con la lluvia?"

Si fue por eso que pasé riéndome como una tarada. Por que no estaba segura." ¿Segura de qué? "Bueno: de que realmente quería hablar con vos de todo esto. Así que lo dejé al azar. A lo mejor no sabés que los actores somos horriblemente supersticiosos, cabuleros. Si lo encuentro, se lo digo. Si no lo encuentro, se acabó." Y me había encontrado.

Digamos Isabel está ahora como transfigurada. No se que le pasa. Está luminosa. O trasparente. La gran siete ¿me estará enamorando? Ya perdió la transparencia, menos mal. Pero tengo que andar con cuidado. "Si estoy viviendo en falso. Fijate, yo no era así-. Era bastante mejor que esto. Vengo de una familia bien proleta. ¿Verdad que no parece? Hasta hace tres años mi viejo todavía trabajaba en la fábrica, y mi vieja cosía para las damas del barrio. Ahora no, por que yo gano bastante, les compre una casita y los ayudo. Aparte de que el viejo se jubiló. Y también mi hermano los ayuda. Es traductor simultáneo, gana bien. ¿Pero a que venía todo esto? Ah si. Te decía que vengo de una familia proleta. Y por eso mi vocación de actriz, que si la tengo, no era para llegar a porquerías como ~sueño real." [no es el título, ya saben] "Yo siempre quise ser actriz, pero el objetivo esencial era hacer algo útil, ayudar a que la gente entendiera cosas, y no a confundirla, como ahora lo hago. En el fondo también ayudo a confundirme."

Digamos Isabel vacila. Se pone linda cuando vacila. Se interrumpe, y entonces tomo otro trago de Escocia, pero este es el último. "Se que algún día tendré que tomar una decisión. Y esta será grave. Por que: o sigo confundiendo y confundiéndome, o me libero de toda esta mierda. No es fácil. Para vos puede ser fácil, por que estás en cero. Como dijiste hace rato, sos tu único equipaje. Pero yo he ido fabricándome tentaciones, y cayendo en ellas. Viste, te sentaste un cuarto de hora en ese mounstro, y cuando te pedí que vinieras a la alfombra, te costo abandonarlo. Todo es así. El confort es muelle, cada vez mas muelle, ablanda, aquieta, inmoviliza. Y si a pesar de todo te movés, es para ganar mAs plata, a fin de conseguir mas confort. Ese mueblazo me lo compré para leer con comodidad. Pero debo confesarte que nunca lo he usado para leer sino para dormir la siesta. Que es para lo único que sirve, por que ni siquiera es bueno para hacer el amor."

Sospecho que esto quiere decir algo, pero Digamos Isabel, no parece estar insinuando nada. ¿O estará insinuando y no me doy cuenta? ¿Por que seré tan adolescente, Dios mío? Por lo pronto me sirve otro whisky, ya que ha dejado la botella al alcance de la mano junto a la alfombra. ¿Habrás querido decir que el mueblazo no sirve, pero la alfombra sí? Decido mirar a Digamos Isabel, pero de pronto me doy cuenta que tampoco yo soy insinuante. Debe ser que el tema es demasiado grave. Le pregunto que la hace sentir tan mal en su trabajo. "Mirá, quizá; sea la tremenda distancia entre lo que podría hacer y lo que efectivamente hago." ¿Y por qué no lo hace, carajo? "Razón número uno: tengo miedo. Pero es un miedo bastante complicado. Incluye, por supuesto, el pánico a que me pongan una bomba o me secuestren o me amenacen o me maten. Mientras hago estas boludeces de ahora, estoy a salvo, por que no se me oculta que indirectamente colaboro con ellos, les sirvo. La cursilería como factor de alienación. Así titulo su ponencia un sociólogo amigo mío. Y el muy cínico me la dedicó. Pero hay otro miedo. Por ejemplo el del perder el nivel de vida, este apartamento, el confort, el auto, el mueblazo, la alfombra, el whisky escocés. Y te juro que no sé cual de esos dos miedos es el más importante; cual el que me frena y a la vez me liquida. Por que fijate: yo podría elegir un punto intermedio, algo por lo menos decoroso. No creo que los ovarios me resistan para hacer teatro o recitales políticos, porque hoy en día eso te puede costar el pellejo. Pero sí podría hacer teatro o cine o recitales con textos decentes, textos buenos. Ya que no me animo a trabajar por la justicia y mucho menos por la revolución, podría trabajar al menos por la cultura." ¿Y? "Pero así no se gana plata. Yo conozco esta mugre. Estoy en ella. Conozco cómo se fabrica un éxito. Te aseguro que es un asco."

Ya hace rato que la oigo como a través de una niebla , y cada vez le doy menos importancia a lo que está diciendo. Está a poco centímetros de mi mano, boca arriba

en la alfombra, con la mirada fija en algún centímetro del cielo raso. La polera se le ha subido un poco y queda a la vista una franjita de piel cobriza. Hacia allí- extendiendo mi mano, siento que la piel se estremece como la de un caballo cuando espanta las moscas. Pero yo no me espanto. La piel tostada de Digamos Isabel es además suavísima. Ella suspende la frase en un punto y coma. Quizá la tomé de sorpresa. No dice nada. Simplemente me deja hacer. Hay un cierre metálico que se atraca, como siempre. Entonces ella baja sus manos y me ayuda. Actúa friamente, como si hubiera llegando a un punto inevitable. Lo sorprendente es que su cuerpo es increíblemente joven. Como de quince y no de veintiseis. Me quito la ropa despacito, como si yo también tomara las cosas con calma. También puedo ser actor. Qué joder. Incluso tengo presencia de animo como para tenderme luego junto a ella. [la verdad es que tengo un poco de frío] que sigue boca arriba mirando el cielo raso. Con una mano le doy vuelta la cabeza para verle los ojos. Esta llorando. Esto no lo esperaba, y no puedo evitar que me conmueva. Le paso con suavidad los dedos por la mejilla. Ella dice "Así como estamos hay menos diferencias entre vos y yo. No importan que mis ropas sean modelos exclusivos y en cambio las tuyas sean baratas como las que yo usaba cuando iba al colegio de San Nicolás. No importa, quedaron ahí, en ese montón, y ya no nos discriminan. Y cuando me acaricies [¿me vas a acariciar?], no importa que no tengas un mango y yo en cambio posea una jugosa cuenta bancaria. Los cuerpos no tienen bolsillo, ¿viste? Tampoco no importa que vos vengas huyendo de la policía, y yo en cambio esté huyendo de mí. Mirá, tus vellos y los míos son casi del mismo color" Yo los arrimo, para que Digamos Isabel y yo podamos comparar. Efectivamente, son casi del mismo color, Se mezclan y no se nota la diferencia. Todo parece formar parte del mismo vellón.

14.

Dionisio se ha propuesto analizar la derrota: la del país y la suya propia. "¿Tengo derecho a sentirme desecho, simplemente por que a Vicky la convirtieron en un cactus, y a mí en un testigo lleno de odio y de vergüenza?. ¿No te parece imperdonable que solo hayamos calculado nuestra victoria y jamás nuestra derrota?" No sé qué decirle. La verdad es que yo, personalmente no calculó nada: ni victoria ni derrota. ¿Será por que odio las matemáticas? Ni siquiera calculé las patadas y piñazos que me dieron en San José y Yi. "Esta es la prueba de que estábamos inmaduros. Pensamos que el enemigo era un caballero conservador y resulto ser una bestia asesina. ¿Querés decirme qué puedo hacer ahora con este odio? Te aseguro que no es un odio creador. En todo caso es un odio ciego, por que no sé quienes son: cuando me sacaban la capucha, ellos se la ponían. Recuerdo las voces, claro, nunca las olvidaré, pero ¿cómo reconstruir un rostro y un nombre a partir de una voz? Por que lo más jodido, desde un punto de vista político, es que en este momento el triunfo me importa menos que la posibilidad de reventarles la cabeza a quienes nos arruinaron a Vicky y a mí. Y eso no está bien. Pero no puedo evitar sentirlo así."

Al final, yo mismo casi lo siento como él. O me figuro que lo siento. Es difícil meterse en el pellejo de otro. Y a mí me es mas difícil por que probablemente nunca he estado enamorado de una muchacha como Dionisio lo estaba de Vicky, y entonces es imposible que yo imagine qué se siente cuando un montón de tipos se van montando por turno sobre la muchacha que es todo para uno. O casi todo, que ya es bastante. Vamos a ver, ¿qué sentiría yo si viera que una docena de esos monos se la dan a Digamos Isabel mientras a mí me tienen amarrado e impotente? Es claro que yo no estoy enamorado de Digamos Isabel, pero de cualquier manera debe ser muy jodido ser testigo de una cosa así-. Y debe ser jodido aunque uno no conozca ni a esa mujer. Digo que yo no debo estar enamorado de Digamos Isabel por que, si bien me gusto la jam-session de la otra tarde, y realmente ella tiene una piel que es una maravilla y un cuerpito que es un monumento, en realidad yo no siento [al menos todavía] esa locura que otros me han contado que sienten. Cosas como querer estar toda la vida junto a ella, o sentir una opresión en el pecho [al punto que a veces se parece al infarto] o

venirle a uno incontenibles ganas de salir a caminar solo y bajo la luna, y si no hay luna bajo los semáforos.

No Este no es mi caso. Me sentí prodigiosamente libre y disfrutante, sin ninguna opresión en el pecho pero si un deseo mayúsculo, Como nunca antes había experimentado en mi larga vida. Ella también me deseaba y cómo, y me gustó que no sintiera vergüenza de demostrármelo. Es claro que está el otro problema: todas las dudas que ella tiene sobre lo que hace y lo que debería hacer. Mi pronóstico es que va a ser difícil que retroceda. El confort atrapa, y mucho. ¡Cómo atraparé, que hasta yo siento un poquito de nostalgia del mueblazo y de la alfombra, sobre todo de la alfombra! Y no es sólo eso. Está la gente que la detiene en la calle, la que la mira pasar y la señala, la que le pide autógrafos. Ella dice que no, pero también eso le gusta y la entrapa. Yo no la juzgo. Mas bien la comprendo. Probablemente si yo fuera famoso y las muchachas me pararan en la calle y me miraran con la boca abierta, tendría mas berretines que ella. A lo mejor la vanidad es proporcional al talento. ¿No tendré? También es posible que ahora no me interese tener talento y después si, algún día, cuando yo sea un carcamal de treinta cinco años, a lo mejor me interesa tener talento. El problema es si uno puede adquirir el talento mediante un extraordinario esfuerzo de voluntad. Depende de muchas cosas, claro. Por que conozco a alguno de esos tipos que no podrían ser talentosos ni aunque se herniaran el esfuerzo.

Después de todo ¿para qué yo quiero ahora talento? Tremenda incomodidad. Tremenda responsabilidad. Tremendo laburo. Además, pienso que cuando uno es un bocho [como Dionisio, por ejemplo] no tiene más remedio que amargarse con lo que está pasando. Y yo no quiero amargarme. Me parece que la única forma de mantenerme joven es no amargarme. ¿Podré?

15.

La espero a la salida del ensayo y esta vez sí me hace una seña desde lejos y cuando se acerca me besa livianito y me presenta a la compañía, empezando por una por una mujerona que, por supuesto, es la actriz de carácter. Y luego el director, y el iluminador, y el escenógrafo. Y un ambiguo jovenzuelo que no me saca los ojos de encima. Y a todos les dice: "Este es Eduardo", con tanta naturalidad, que al rato yo mismo empiezo a creer que me llamo Eduardo. Pero no. Ahora bien, ya que me inventan un nombre, podría haber buscado uno más clandestino, como Asdrúbal, Eusebio o Saúl. "Che, Eduardo" me llama el iluminador, y yo, claro, de puro distraído no respondo y el tipo ofendido me da la espalda, y entonces caigo en que Eduardo soy yo, y le pregunto si me llamaba, y el entonces elogia mis reflejos.

Vamos a cenar. Yo no como nada, por que "ya había cenado". El problema es que si voy y como, tengo que pagar, como es lógico, y éstos van a comer al Edelweiss, donde te cobran hasta el escarbadietes. De modo que veo pasar frente a mí, detrás de mí, y a mis costados, brochettes, ensaladas, liebres a la cazadora, ñoquis a la bolognesa, y yo haciéndome el saciado, con las glándulas salivares superactivas y en realidad pasando un hambre del carajo. Para completar la desgracia no solo quedo ubicado lejos de Digamos Isabel [después de todo, yo creí que iba a encontrarme con ella y no con toda esa comparsa] sino que resulto premiado: Tengo a mis flancos al ambiguo y a la actriz de carácter, y sencillamente no sé de que hablar con ellos. Los únicos temas que se me ocurren tiene que ver con digestiones, menús, condimentos, etc., y yo no quiero mencionarlos; tengo miedo de quedarme sin saliva, y eso siempre es peligroso.

Allá lejos, en la otra punta de la mesa Digamos Isabel festeja los chismes en cadena que narra el iluminador. No me gusta cómo sacude esa peluca. Tampoco me gusta como le queda el iluminador. De pronto ella me ficha desde lejos, y me hace un guiño y un mohín con los labios. Yo no hago nada. Quizá el hambre me vuelva resentido. Entonces abre el bolso, saca un papel, anota algo, y le dice al mozo que me lo alcance: "Dentro de un rato nos vamos a casa. Vos y yo." Lo vuelvo a doblar en cuatro, y lo meto en el bolsillo. La miro nomás, pero sin mensaje.

Entonces el escenógrafo empieza a hablar de política. Que hay quienes dicen que están torturando. Y que es cierto: torturan. Pero él está de acuerdo. Ya que esos nenes quieren cambiar el país, ya que quieren que el país deje de ser occidental y cristiano, ya que quieren acabar con la propiedad privada olvidando que para los padres de la patria, como Rivadavia o Saavedra, la propiedad privada fue siempre algo sagrado, ya que quieren acabar con la familia, con el culto a la madre, con la navidad, con nuestras lindas vaquitas, o sea con todo lo bueno que ha heredado esta generación, bueno, entonces que paguen, che, si el precio es la tortura, entonces que los torturen, che, y aclara que a él no se le va a mover un pelo. Y la actriz de carácter me susurra: "Claro, si es pelado."

Pienso en Dionisio y en Vicky. Es otra represión, claro. ¿Será otra?. Oigo al escenógrafo y no puedo borrar la imagen de Vicky, violada frente a Dionisio, y luego viva y muerta, refugiada para siempre en su automarginación. Y no puedo. Entonces saludo a la actriz de carácter y al ambiguo ["mañana tengo que trabajar"], miro hacia el otro extremo de la mesa donde Digamos Isabel ya no sacude su peluca y quizá por eso puede observar cómo me pongo de pie y hago un discreto adiós y me retiro. Antes de abrir la puertita que da a la calle, miro hacia atrás, y allá quedan todos, humeantes y espesos, masticando.

16.

¿Hasta cuándo podré seguir escribiendo esta libreta? Lo de hoy me hace dudar. Vengo de la Editorial por Rivadavia, y hay, a la altura de Billinghamurst, un extraño movimiento. No retrocedo, eso siempre despierta sospechas. Cientos de tipos contra la pared, con las manos en alto. Llegan cuatro Ford Falcon con energúmenos y metralletas, y los tipos se lanzan a la calle con los coches aún en movimiento. Al parecer, los candidatos son una pareja. Ella es pelirroja, con un tapado claro y un bolso de lana; él es alto, morocho, de bigote, con un portafolios negro. El ataque toma a ambos de sorpresa. Ella cae al suelo, sobre el barro. Él hace un ademán para protegerla, pero dos integrantes del comando lo voltean con cuatro o cinco golpes secos, contundentes. El hombre se recupera, sin embargo, e inicia otro gesto de rebeldía. Pero esta vez el golpe lo desmaya. La mujer, sujeta entre tres, grita desafortunadamente: "¡Somos Luis y Norma Sierra! ¡Somos Luis y Norma Sierra! ¡Avisen que nos secuestran!" Un culatazo le revienta la boca y entonces sólo subsiste un gemido entrecortado, algo así como la música de aquella letra. Estoy a treinta metros, en una esquina. Mientras dura el episodio, los soldados siguen vigilando a los de la pared. Nadie hace el menor ademán en defensa de la pareja. Yo tampoco. Nunca hasta ahora me había sentido tan poca cosa, tan despreciable cosa. Al muchacho, que sigue desvanecido, lo meten entre dos en el primer Falcon; a ella, sangrante y embarrada, en el tercero. Los cuatro vehículos arrancan y se alejan como bólidos hacia Congreso. Los de la pared son autorizados a bajar los brazos y a seguir caminando. Yo me voy por Billinghamurst. Tengo vergüenza de que me vean por Rivadavia. Me hacen falta los perros de la otra noche.

17.

No he visto más a Digamos Isabel. La noche del Edelweiss me dejó sin ganas. No sabe dónde llamarme. Yo sí sé su dirección, tengo su teléfono, y además, puedo ir a esperarla a la salida del ensayo. Pero no quiero. ¿Para qué? Comprendo que no todos son como el escenógrafo. Me consta que hay actores y actrices que se la juegan; que suben al escenario y saben que en cualquier momento los pueden bajar, porque allí son un blanco móvil [y a veces inmóvil]. Sí, me consta que muchos de ellos van a las fábricas y escenifican los conflictos de ese lugar determinado, y su trabajo ayuda, hace que la gente vea más claro cuando un actor dice algo que se parece a los pensamientos de todos. Sí, me consta. Hasta Digamos Isabel me lo dijo, con un poco

de envidia, claro, porque ella tiene miedo. Sí, me consta, y en todo caso me gustaría hablar con esos tipos. Pero ¿qué tengo yo en común con los que fueron a cenar a Edelweiss?, ¿con este chisporroteo de ironías que rápidamente se gasta y genera una mufa espantosa?, ¿con ese rencor acumulado, esa envidia entrecortada, ese hábito de maledicencia? Digamos Isabel no está mal, y trabajándola un poco, sacudiéndola un poco, puede que se convierta en flor de piba. Pero yo no estoy para grandes empresas patrióticas. La mejor empresa que tengo a mi alcance es sentirme vivo.

Dionisio está mejor. Recibió carta de su gente en Monte, y por primera vez le dan esperanzas con respecto a Vicky: desde el jueves pasado llora, a veces durante largo rato, y su mirada ha empezado a expresar algo, no se sabe bien qué. Los médicos están ahora más optimistas. Si mejorara lo bastante como para resistir el trance, tratarían de que abortara. Sería lo mejor. El padre de Vicky le escribe que el domingo alguien mencionó a Dionisio, y ella sonrió. Casi imperceptiblemente, pero sonrió. Hay que ver cómo se aferra Dionisio a ese amago de sonrisa.

Nos encontramos en un café frente a Plaza Italia. Dionisio me muestra la carta y yo le doy más ánimo aún: "Vas a ver cómo se arregla todo. La traés aquí y empiezan a vivir." "¿Vos crees?" Claro que lo creo. Hay que creer, no hay más remedio.

Voy a Caballeros. Me estoy lavando las manos, cuando entra un pibe bien pibe [doce o trece años] y me dice todo apurado, con los cachetes bien encendidos: "Dice su amigo que se fue corriendo. Está la cana." "¿Aquí?" "No, en la esquina." No le digo ni gracias. Con las manos a medio enjuagar, salgo del baño y enfilo hacia la puerta. El mozo advierte mi raje y piensa lógicamente que me quiero ir sin pagar, así que me grita desde lejos. Le dejo un billete [con propina y todo] sobre una baranda y salgo a la calle. Pero el alarido del gallego ha alertado a la policía. "Ése", dice uno. "Aquél", transmite el otro. No me siento nada orgulloso de tanta notoriedad. Corro como un gamo, como dos gamos, como tres gamos. Hay todo un entrevero policial detrás del suscrito. No sé todavía cómo haré. Pero sé que esta vez no caeré de boludo. Ni de boludo ni de nada. No caeré. Me filtro entre siete u ocho colectivos de los que después toman por Las Heras. Es cierto que por escapar casi caigo bajo unas ruedas. Fue un resbaloncito casi insignificante, pero recupero el equilibrio trepando a un 60. Ni el chofer ni los pasajeros hacen el menor comentario, aunque es evidente que yo no vengo de una boda. Los milicos siguen desparramados e histéricos. Detiene los colectivos, miran adentro, a veces suben, quizá estén pidiendo documentos. Un señor de corbata se pone de pie, y me conmina. "Siéntese." Comprendo y me siento. De paso me peino el jopo. Ya estoy presentable. La policía detiene el vehículo. "¿No subió uno corriendo?" El chofer arruga el ceño. "Yo subí corriendo", dice el ángel de la guarda que me dio el asiento. "Bah ...", dice el cana, con menosprecio y con fatiga. "Dale, seguí", le ordena al conductor. El señor ángel ni me mira. Los demás, tampoco. Cuando llegamos a Laprida, me tiro del colectivo y me meto en un supermarket. Hago veinte minutos de cola y en definitiva me descapitalizo adquiriendo seis cajas de fósforos. La cajera me mira azorada, como si yo fuera Nerón. Acaso tenga ganas de llamar a los bomberos.

18.

En Once la vida se ha puesto imposible. Siempre llevo conmigo los documentos, la plata, esta libreta. Nunca se sabe. También Dionisio se salvó, pero raspando. Él dice que escapó debido al escándalo que se armó conmigo. Y todo por el gallego desconfiado. "Estás fichado", me avisa Dionisio, y yo también lo creo. Cada uno de los que gritaba "¡Ése!" me guardó en su retina. "No", dice Dionisio, "estás fichado desde antes. En la sección uruguaya de la calle Moreno. Me lo dijo el flaco Diego. Vos sabés, aquél siempre tiene sus contactos. Hay uno que vio la lista. Él no está todavía. Pero por las dudas se cuida. Dice que lo llames mañana donde vos sabés".

Está bien. No me sorprende demasiado. Voy a la pensión. Mejor dicho: me acerco. Dos cuadras antes me encuentro con el marido de la dama sonora. Me agarra un brazo: "Dice doña Rosa que ni te acerques. Esta mañana vinieron a buscarte. Te estábamos esperando en las cuatro calles, para que el primero que te viera te avisara." Me da un bolso, mi bolso de Pluma. "Es tu ropa. Dice doña Rosa que algún día la llames, pero que no digas tu nombre. Que digas Servando." Por fin un nombre que suena a clande: Servando.

19.

Diego me consiguió dónde dormir por una semana. "Tenés que borrararte totalmente. Después de esta semana, ya veremos dónde te guardamos." Él mismo se encargó de hablar con el patrón de la Editorial; ésa es gente que entiende, estoy seguro. "Decime, flaco, ¿por qué?" "¿Por qué qué?" "¿Por qué tengo que borrararte también aquí?" "Porque te están buscando, tarado, ¿o querés que te chapen? Mirá que acá no se andan con chiquitas. Te limpian y chau. Ley de fuga." "Ta' bien, pero ¿por qué?" "¡Ufa!" "Todo lo político que hice en mi vida fue llevar una rosa." "¿Y te parece poco?".

Busco en la agenda el número de Digamos Isabel. La llamo desde un café. "¿Quiéeeen?", contesta la voz del escenógrafo, por lo tanto cuelgo. No siento ningún dolor en el pecho, así que después de todo no tengo infarto ni estoy enamorado. Menos mal.

Me jode tener que esconderme, pero qué voy a hacer. Camino unas cuadras por Vicente López [el Barrio Norte es todavía una semi-garantía]. Antes de borrararte quiero llegar a la sucursal de Correos. En la librería compro un lindo sobre-bolsa, y en él escribo las señas y el verdadero nombre de Digamos Isabel. Antes de meter esta libreta en el sobre, mi draipén verde anota en la tapa, con grandes letras de imprenta: "Tengo que irme. Un beso. Esto es para que lo leas bien cómoda en el mueblazo. Te lo mando porque a lo mejor todavía sos rescatable."

(Para la Biblioteca del Unicornio - Edgar Rodríguez 2000)